

concebirlas como más ó menos diferentes. En primer lugar, las razas depredadoras no solo se prometían ocupaciones análogas y de beneficiosos resultados, así como las razas agrícolas esperan plantar y recolectar como en la vida terrestre; pero en el estado social avanzado, donde es comun el uso del dinero, el uso de enterrar monedas con el cuerpo es un signo de que se cree que en la segunda vida tendrá ocasión de comprar y vender, y esa misma creencia es la que inspira á los que queman hojuelas de oro ó plata como símbolos monetarios. Pero aquí el paralelismo deja su puesto á una divergencia. Sin que intentemos seguir los cambios que señalan el paso, bastará llegar de un salto á la especie de otro mundo en que se cree entre nosotros, y en donde nuestras ocupaciones y diversiones diarias no tienen cabida, y en donde nadie se casa. Sin embargo, esta vida concebida como una serie ininterrumpida de domingos entregados á ejercicios piadosos, todavía es una imagen de la vida actual, aun cuando en suma no se parezca á lo que la constituye.

Por lo contrario, la forma del orden social que se supone reinar en la otra vida, difiere en parte de la forma conocida. En un principio se tomó como tipo el gobierno de las castas, de las distinciones, de las instituciones serviles que reinaban aquí bajo para constituir con ellas el mundo imaginario del porvenir. Pero aun cuando en las concepciones de las razas más civilizadas, la analogía que relaciona las órdenes sociales de la primera y segunda vida no desaparezcán por entero, la última se separa ya de la primera de una manera notable. Pues aunque la gradacion que supone la existencia de una jerarquía de arcángeles, de ángeles, etc., tenga alguna relacion con la gradacion que existe alrededor nuestro, no por esto se deja de darle otro fundamento; es decir, que para tales desigualdades se ha imaginado un diferente origen.

Lo mismo decimos de las concepciones éticas y de los sentimientos que las mismas suponen. Al mismo tiempo que en el curso de la civilizacion se han operado modificaciones en las pasiones, se han producido otras no ménos grandes en las creencias relativas á las reglas de conducta y en la medida de bondad en la vida futura. La religion del odio, que constituye en deber la venganza internacional, y glorifica el éxito de las mismas, se repudia por todas partes; la religion del amor reina en absoluto. Sin embargo, bajo ciertos aspectos, los sentimientos y los motivos que dominan aquí bajo, reinan aun en la otra vida. El deseo de ser aprobados, pasion dominante en la vida terrestre, es todavía la pasion soberana de la vida futura. Créese que las principales fuentes de felicidad consisten en la aprobacion que se da á los actos de otro, ó que merecen los actos propios.

Por último, obsérvese luego que el lazo que une las dos vidas va aflojándose poco á poco. Créese al principio que hay un comercio incesante entre los que gozan de la una y de la otra. El salvaje busca diariamente el favor de los muertos, y supone que éstos prestan su auxilio á los vivos, contrariando sus actos. Esta estrecha comunión que continua durante los primeros periodos de la civilizacion, se va haciendo cada vez más estrecha. Sin duda el uso de pagar sacerdotes para decir misa en favor de las almas de los difuntos, y las preces que se dirigen á los santos para obtener su apoyo, prueban de una manera general que ese cambio de servicios ha existido y que todavía existe; pero el abandono de esos usos por los hombres más adelantados, hace suponer que el lazo que reúne las dos vidas se ha roto completamente en su pensamiento.

Así, pues, de la misma manera que la idea de la muerte se va gradualmente diferenciando de la suspension de vida, y que la esperanza de la resurreccion se va haciendo cada vez más remota, de la misma manera tambien va acentuándose la diferenciacion de la segunda vida. Ésta va alejándose del tipo de la primera por cuanto se hace ménos material, las ocupaciones que la llenan son más diferentes de las de la primera, no reproduce el mismo orden social, y ofrece placeres de otra naturaleza que no los meramente sensuales, en fin, hace prevalecer un tipo superior de conducta. Al diferenciarse de la primera por su naturaleza, se hace cada vez esta distincion más profunda: la union en que estaban disminuye, y entre el fin de la una y el principio de la otra, se coloca un intervalo que va haciéndose cada vez mayor.

IDEA DE OTRO MUNDO

Habrás observado que á la vez que hablábamos de las ideas que tenían los hombres primitivos de otra vida, citábamos algunos pasajes que implicaban sus ideas sobre otro mundo, y es que entrambas ideas marchan tan unidas que no se puede hablar de una de ellas sin aludir á la otra. Sin embargo, y no sin intencion hemos reservado ese segundo grupo de ideas para estudiarlas aparte, y esto por dos razones: primero, la cuestion de la localidad donde se supone colocada la otra vida, es una cuestion aparte, y luego las ideas que los hombres se forman de ese lugar, sufren modificaciones tales que es instructivo seguir su orden é investigar las causas.

Entonces reconoceremos que el punto de residencia de los muertos va ale-

jándose paulatinamente del punto de residencia de los vivos, y que esta divergencia ocurre siguiendo una marcha análoga á las que hemos hasta aquí observado.

Claro está que en un principio se confundían entrambas residencias. La doctrina primitiva de las almas obliga á pensar al salvaje que sus difuntos padres están al alcance de su mano. Si renueva las ofrendas de alimentos sobre su tumba, si procura por otros medios hacerseles favorables, es que no están muy lejos, ó que van á volver. El salvaje así lo cree.

Ellis nos dice que los habitantes de las islas Sandwich creen «que el espíritu del muerto revolotea alrededor de los lugares en que ha pasado la vida.» En Madagascar se cree que los espíritus de los antecesores frecuentan sus tumbas. Bernan cuenta que entre las tribus de la Guyana se cree «que todo lugar donde ha ocurrido alguna muerte es frecuentado por su espíritu.» Y esto mismo se da por toda el África. En Costa de Oro, según Crisickshank, se supone que el espíritu permanece cerca del lugar donde se ha sepultado su cuerpo; y los Africanos orientales «parece que creen que las almas están siempre cerca de las sepulturas.»

En algunos casos esa identidad se lleva muy lejos, pues se confunde la estancia del alma con la del cuerpo. En las regiones del Norte de la Zambesia, dice Livingstone, «todo el mundo cree que las almas de los muertos se mezclan siempre con los vivos y toman de una ú otra manera parte de la comida de éstos.» Lo mismo se cree, según Bastian, «en las islas Aleutianas, pues se dice que las almas invisibles de los muertos vagan por entre sus hijos.»

Ciertas costumbres fúnebres nos llevan á pensar que la residencia de los muertos no está muy lejana de la de los vivos, á saber, la casa abandonada, ó el desierto pueblo en que había pasado el difunto su vida. Los Kamtschadales «van á menudo á establecerse en otro punto cuando ocurre que alguien muere en su choza, abandonando su cuerpo.» Entre los Chibchas, «los sobrevivientes abandonan casi siempre la casa en que ha ocurrido una defunción. El motivo es óbvio, pero algunas veces se exprime con toda claridad. Cuando el difunto es un indio Creck que ha sido un hombre eminente, la familia se marcha inmediatamente de la casa en que se le ha enterrado, y construye otra nueva llevada de la idea de que el lugar donde se han depositado los huesos de sus muertos está constantemente frecuentado por espectros nocturnos.» El mismo uso existe entre otros varios pueblos africanos. En Balonda, «el hombre abandona la choza y el jardín donde murió su mujer favorita; y si vuelve á ellos, es solo para di-

rigirle sus preces ó llevarle nuevas ofrendas.» Robben dice que los Hotentotes cambian su Kraal de sitio «si un habitante llega á morir en el mismo.» Según Bastian, los Bubis de Fernando Po abandonan el pueblo desde el momento que alguien muere en el mismo. Y en Thompson, se lee que los Beelmanas «abandonaron el pueblo (Lattaku) conforme á la costumbre del país, cuando murió Mallahanan.»

En esos casos es incontestable la costumbre. De las ideas primitivas que hemos descrito nace la idea primitiva de que la segunda vida se pasa en el lugar donde se deshizo la primera.

Esta idea ligeramente modificada en otros puntos, se presenta igualmente á nuestra consideración: la región que se reputa frecuentada por las almas de los muertos se hace cada vez más vasta. No hay duda de que vuelven á visitar sus antiguas casas, pero por lo común permanecen alejadas de ellas una cierta distancia.

Créese en Nueva Caledonia que «los espíritus de los muertos van á los bosques;» y Turner dice «que en las islas Samoa se supone que los espíritus vagan por los bosques.» Entre los Africanos encuéntrase la misma creencia con alguna diferencia. Los negros de Costa de Oro creen que hay salvajes en los bosques que llaman á sus almas para reducirlos á esclavitud; y los Bullones creen que los demonios inferiores tienen su residencia en los bosques cerca de la ciudad, y los superiores residen más lejos.

En otros puntos el mundo de los muertos se toca casi con la mano, es una montaña vecina. El génesis de esta creencia es claro. Los Caribes entierran sus jefes en las colinas; los Comanches en la más alta y próxima colina. Los Patagones, dice Fitzroy, entierran sus muertos en las cúspides de sus más altas colinas; y en la Arabia oriental, según Brackhardt, los terrenos consagrados á sepulturas «están en general en la cúspide de las montañas ó cerca de ellas.» Este uso y la creencia que del mismo resulta, están algunas veces unidas por un lazo cuyo sentido no puede escaparse. Hemos visto que en Borneo se depositan los huesos de los muertos en los picos y cimas más inaccesibles; de donde la creencia de los Dayaks montañeses, quienes, según Low, creen que las cúspides de las más altas montañas están pobladas de espíritus; y Saint-John nos dice que, «cuando se pregunta á un Dayak de la llanura donde se pasa la vida futura, muestra las más altas montañas de la comarca, diciendo que allí arriba está la residencia de los amigos difuntos.» En muchos países se encuentran montañas que pasan por ser el otro mundo. Ellis cuenta que en Tahiti, «el

cielo de que se hablaba más generalmente estaba situado cerca de... la gloriosa Tamahani, mansión de los espíritus de los muertos, famosa montaña situada al Noroeste de Raiatea. Como lo hemos visto há poco, una creencia análoga existe en Madagascar. Y todavía se puede añadir el pasaje de Dubois, citado por sir John Lubbock, según el cual, «los autores indios colocan la mansión de los bienaventurados en las altas montañas del Norte de la India.»

Todavía hay que mencionar una estancia de los muertos mucho más cercana de la de los vivos. Cuando se utilizan las cavernas para sitio de sepulturas, no se pasa mucho tiempo sin hacer de ellas la mansión de los muertos; de donde sale la noción de un otro mundo subterráneo. El modo ordinario de enterrar, junto con la creencia de un duplicado que no desea ir de un lado á otro para volver á la tumba, puede sugerir una idea análoga á la de los Khonds, cuyas divinidades, espíritus de los antecesores, jamás traspasan los límites de la tierra, «en cuyo seno se cree que residen, y de donde entran y salen á su voluntad.» Pero es evidente que el uso de enterrar en las cavernas tiende á dar una forma más desarrollada á dicha concepción. El profesor Nilson, en su *Edad de piedra*, luego de haber demostrado que los restos de las cavernas prueban las tradiciones y las alusiones que se encuentran por todas partes así en Europa como en Asia, habla de los pueblos formados con cavernas artificiales abiertas por los hombres en el seno de las montañas, cuando ha resultado que eran sobrado numerosos para las cavernas naturales, y nos recuerda que á un tiempo se vivía y se enterraba en las cavernas. Luego nota que esta costumbre, como todas las costumbres religiosas... ha sobrevivido aun mucho tiempo después de haber adquirido los hombres la costumbre de habitar en casas. De esta costumbre se puede reconocer en varias partes del globo la relación determinante, pero donde se puede estudiar mejor es en toda América, desde la tierra del Fuego en el Sud, á Méjico en el Norte, como queda anteriormente indicado. Junto con esos usos encontramos la idea de una región subterránea donde los muertos se retiran. Los Patagones, por ejemplo, creen «que ciertos de entre ellos después de la muerte, vuelven á las cavernas divinas donde fueron creados, y donde residen sus dioses particulares.»

Para comprender plenamente el génesis de esta última creencia, hemos de añadirle el génesis de la creencia según la cual los muertos habitarían localidades más lejanas. ¿Cómo pasar de la idea de un otro mundo inmediato al de los vivientes, á la idea de otro mundo lejano? La respuesta es simple, por medio de una emigración.

Con solo pensar en las formas que probablemente toman los sueños en los pueblos que emigran, tenemos lo bastante para adivinar que al fin acabarán por poner el sitio de la vida futura en lugares á que no se llega sino después de largos viajes. Unidos á parientes que quedan atrás, sujetos á la nostalgia, hasta el extremo de morir de ella, según cuenta Livingstone, claro está que los salvajes á quienes la guerra ó el hambre arroja de su estancia, han de pensar á menudo en las personas y lugares abandonados. Sus sueños, contados y acogidos á la manera primitiva, como hechos reales, les hacen creer que, durante su sueño, han ido á visitar sus antiguas estancias. Ese sueño, que hacen todos unos después de otros, les familiariza con la idea de volver á ver, durante su sueño, la tierra de sus padres. ¿Qué sucede, pues, cuando llega la muerte, tal como la interpreta el hombre primitivo? El otro yo está ausente desde hace largo tiempo. ¿En dónde está? Evidentemente en los lugares á donde iba á menudo y de donde ha vuelto otras veces. Pero ahora no vuelve. Él aspiraba á volver á esos lugares, y á menudo decía que á ellos volvería. Ahora ha hecho lo que decía y quería hacer.

Esta interpretación la encontramos en todas partes; en ciertos casos formulada de una manera categórica, en otros seguramente extendida de una manera implícita. Entre los Peruanos, á la muerte de un Inca, se decía «que se había vuelto á la mansión de su padre el Sol.» Lewis y Clarke nos cuentan que, «los Mandans esperan volver cuando su muerte, al país habitado primitivamente por sus abuelos.» «No creais, decía un jefe de Nueva Zelanda, que yo venga de la tierra. Yo vengo de los cielos; todos mis antecesores están allí. Todos son dioses, y yo regresaré á su lado.» Cuando un Santal muere lejos del río, un pariente deposita en el mismo una parte de su cuerpo para que la corriente la arrastre hácia el lejano oriente de donde vinieron sus antecesores. En las regiones vecinas se confiesa que es con esta intención con que se entrega al río el cuerpo entero del difunto. De igual suerte se afirma que «las razas teutónicas se hacían de la vida futura una idea que en suma no era más que la *vuelta á la patria*, con retorno á la casa paterna.» Véase, pues, como las condiciones de esta creencia responden á los hechos.

De emigraciones las hay en todos sentidos; por consiguiente, en esta hipótesis hubieron de formarse diversas creencias acerca del punto del horizonte hácia donde caía el otro mundo. Y así sucedió en efecto. No queremos decir con esto que las creencias solo difieran en las partes del mundo separadas por grandes distancias. No; difieren también en todas las regiones de una vasta extensión, y á menudo la diferencia es la que ya se habría podido prever con